

Desde la educación secundaria se nos enseña que tres son los grandes padres espirituales de la Revolución Francesa: Carlos Louis de Secondat, barón de Montesquieu (1689-1755); François Marie Arouet, Voltaire (1694-1778); y Jean Jacques Rousseau (1712-1778). En los libros de texto que manejamos las generaciones del pasado tanto como en los que leen los escolares de hoy se les dedica amplio espacio y, por lo general, se incluye imágenes de ellos.

Se trata, qué duda cabe, de personalidades que, dejando de lado las similitudes que los historiadores encuentran entre ellas, se distinguieron por marcadas diferencias.

Montesquieu formaba parte de la aristocracia francesa y, probablemente, se desenvolvía con soltura en el *parquet* de la corte y los palacios. Sin embargo, miraba con visión crítica el comportamiento, las costumbres y las frivolidades de los integrantes de su clase social. Sus *Cartas persas* (1992) abundan en observaciones incisivas sobre el particular y en general sobre la sociedad francesa de aquel entonces.

El tono satírico de esa obra nos lo revela como alguien con cualidades de literato, pero *El espíritu de las leyes* (1964) evidencia la agudeza de su percepción para el análisis sociológico (Carof 2007a), así como también sus *Consideration sur les causes de la grandeur des Romains et de leur décadence* (1875).

Tal vez cumpliendo una suerte de deber de clase, lleva una vida tranquila, solo animada por frecuentes viajes por Europa. La sobriedad en sus costumbres y en sus gustos, el trato distinguido con unos y distante con otros, caracterizaron a quien, como él, había nacido en cuna noble. Recordemos, además, que Montesquieu fue un “inmortal”, ya que formó parte de la Academia Francesa desde 1728 y, por si esto fuera poco, fue también elegido *fellow* de la Royal Society. Su modestia y afabilidad fueron invariables a pesar de todos estos reconocimientos, más que suficientes para convencerlo

de su gran valía personal. Es posible encontrar algunas semejanzas entre el comportamiento suyo y el de Montaigne (1533-1592), otro noble ganado por la reflexión que tanto ha iluminado a la humanidad desde que formulara sus ideas en sus *Essays* (1580).

Diferente es el caso de Voltaire, trabajador obseso, escritor a tiempo completo, y crítico que por momentos no conoce la piedad en sus ácidos comentarios. Personalidad inquieta podríamos decir fue la suya, aunque quizás el calificativo más apropiado (asumiendo, además, toda la carga psicopatológica implícita en el mismo) sea el de “hiperquinética”. Pero no es solo la hiperquinesia de Voltaire la que nos impacta, sino sobre todo su visión descreída, desengañada, de la realidad que lo rodea, su insobornable lucha contra todo lo que él considera injusto, así como la clara conciencia de su gran superioridad intelectual, que lo lleva a alternar, de igual a igual diríamos, nada más y nada menos que con Federico “El Grande”, el legendario monarca de Prusia.

Maurois (1965), señala, con justeza, que “Voltaire, después de 1764, de los setenta a los ochenta años, llegó a ser el patriarca de la inteligencia en Europa. No se le trataba ya como hombre, sino como símbolo” (183).

Jean-Jacques Rousseau, el tercero de los mencionados, es todo un “generalista” (la música, la filosofía, la educación, la literatura son algunas de las áreas en las que él incursionó), y, probablemente, el que conserva más actualidad, el que es hasta hoy más conocido y estudiado. Pocos leen hoy la extensa obra literaria de Voltaire, y las *Cartas Persas* (1721) y *El espíritu de las leyes* (1748) de Montesquieu, son lecturas reservadas muy probablemente a eruditos e historiadores del derecho.

Fallecido a una edad que hoy calificaríamos como “joven” (solo 66 años), la misma de la muerte de Montesquieu, sin alcanzar los 84 que viviera Voltaire, Rousseau recibe aún hoy atención por parte de filósofos, sociólogos, psicólogos y políticos.

\*Versión ampliada y corregida del texto de la ponencia presentada por el autor en el Seminario Internacional sobre Jean-Jacques Rousseau, celebrado el 18 de octubre de 2012 en Santiago (Chile), y organizado por la Cátedra Jean Piaget de la Universidad del Pacífico de esa ciudad con el auspicio de la Embajada de Suiza en Chile.

En efecto, “hay Rousseau para todos”, podemos afirmar. Los filósofos lo presentarán como un adalid de una actitud individualista e iconoclasta que, después de él, adquiere carta de ciudadanía en la cultura occidental, y que la volvemos a encontrar, con las variantes del caso, en pensadores no menos radicales como Schopenhauer y Nietzsche.

Sociólogos y politólogos, por su parte, reconocerán en sus trabajos, especialmente en *El contrato social* (1762), pero también en su discurso sobre *La desigualdad de los hombres* (1765) tanto las bases de la sociedad contemporánea como una incisiva crítica a las crasas diferencias que la caracterizan. Hoy, que tanto se habla de inclusión social y se denuncia la discriminación, Rousseau aparece como un adelantado a nuestra época.

Y psicólogos, y, por qué no decirlo, psicopatólogos se sorprenderán estudiando la vida y las peculiaridades comportamentales de él: su vanidad, su egoísmo, sus ideas de referencia, es decir, su paranoia, así como su misantropía, son dignas de estudio y de reiterado análisis.

La personalidad de Rousseau, su vida, sus obras, sus correrías ejercen una fascinación particularmente intensa si se tiene en cuenta que se trata de alguien que vivió en el siglo XVIII. Este año se conmemoran tres siglos de su nacimiento.

Ciertamente, ni Montesquieu ni Voltaire alcanzan la estatura de Rousseau en la percepción del hombre de hoy. Basta una breve revisión de la Amazon.com, tal vez el ejemplo más simple, para que tengamos una idea de todo lo que se escribe y se vende a trescientos años del nacimiento de este ginebrino insigne, cuya existencia estuvo marcada por la ingratitud, las correrías, los escándalos y las fugas.

¿De dónde proviene esa fascinación? ¿Por qué autores tan dispares como Jean Starobinski (1983), Ernst Cassirer (2007) y Paul Johnson (1993) le dedican libros enteros o amplios capítulos en sus obras? ¿Cuál es la causa para que autores del siglo XXI vuelvan la mirada a él y se detengan en sus escritos y en su vida?

Aun en un país tan alejado geográficamente del mundo francófono, el Perú, el pensamiento de Rousseau ha sido

estudiado, discutido y ha ejercido una gran influencia entre los intelectuales locales (Ruiz Zevallos 2009). Ruiz Zevallos señala que “hacia 1803 ya circulaban en España y en Hispanoamérica al menos dos traducciones al español de *El contrato social*”. Y, agrega, “Los hombres que participaron en la independencia leyeron algunas de sus obras” (96).

Pero no solo en el Perú ni en América Latina la influencia de Rousseau fue arrolladora. Ya en los años de la Revolución Francesa su nombre inspiraba a muchos: Babeuf y Marat lo leían, y la Declaración de los Derechos del Hombre tiene en *El contrato social* a una de sus más decisivas inspiraciones (Carof 2007b). Debe recordarse que sus restos fueron trasladados el 11 de octubre de 1793, en plena revolución, del lugar en que se encontraban enterrados nada menos que al Panteón de París, con un impresionante ceremonial (McNeil 1945). La vinculación de su nombre con el de Robespierre, el inspirador y ejecutor del Gran Terror, no han hecho mella ni echado mácula sobre su recuerdo.

Personalidades tan complejas como las de Rousseau determinan que cualquier respuesta que se dé a la pregunta acerca de la fascinación que continúa ejerciendo, sea solo un intento, una aventura de explicación, una posibilidad presentada en condicional. De modo tal que lo que digamos debe ser tomado así.

Con la obra de Rousseau se da un paso decisivo en la problematización de la sociedad (Durkheim 2000). Roger Smith (2007) ha señalado que el periodo en el cual se gesta el surgimiento de la reflexión social que después va a dar origen a la sociología ocurre a mediados del siglo XVIII: los individuos entonces, lenta, paulatinamente, van tomando distancia de la idea de que es Dios quien ha dispuesto el mundo y el entramado social tal como ellos los viven y sobre todo los sufren.

Las carencias, las limitaciones y las crasas injusticias que caracterizan al Antiguo Régimen van haciéndose cada vez más evidentes a los ojos de los espíritus más lúcidos de aquel entonces y uno de ellos, sin duda alguna, era el de Rousseau.

Incrédulo con respecto a la posibilidad de una intervención divina en la vida societal, Rousseau opta

por una crítica severa, basada en sus observaciones y en su innegable talento. Su participación en el gran proyecto de la *Enciclopedia* nos lo muestra como alguien que quiere desterrar los mitos de la época apostando por una visión objetiva, muchas veces desengañada, de la realidad que lo rodea.

Rousseau fue un gran escritor en tres sentidos. Fue, en primer lugar, un gran estilista, cuyas cualidades se perciben aún hoy en la versión francesa de sus trabajos como también en las traducciones con las que se cuenta en los más diversos idiomas; es igualmente un gran estilista a pesar de los cambios en la forma de presentar las ideas ocurridos en los últimos 250 años.

Es también Rousseau un gran escritor en un segundo sentido, en el de la cantidad de lo legado: *El contrato social*, tal vez su obra más conocida; *Emilio* (1762), su tratado de pedagogía; su *Discurso sobre las ciencias y las artes* (1750), su *Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres* (1765), la *Nueva Heloisa* (1761), y, por último, sus *Confesiones* (1782-1789), evidencian lo que llamaríamos hoy su capacidad productiva como escritor, algo que debe ser destacado, dado que la labor de escribir la cumplió en medio de circunstancias complicadas que, por cierto, en muchos casos él mismo había contribuido a generar.

Y es, por último, Rousseau, un gran escritor por la influencia que ha ejercido y continúa ejerciendo hasta hoy. Porque sigue siendo leído y discutido, porque cada nueva generación lo redescubre y lo lee, en una suerte de ritual obligatorio, de paso imprescindible antes de internarse en lecturas de un origen más cercano en el tiempo.

Gran estilista, gran escritor, acuñador de conceptos que hoy están en la boca de todos, aunque no siempre todos sepan quién los lanzó al ruedo de la historia: el “contrato social” y la idea de que “el hombre nace bueno pero la sociedad lo corrompe”, son conceptos que él forja y que desde entonces han circulado y continúan circulando por todo el orbe.

*El contrato social*, la obra por la cual es tal vez más conocido, es una reflexión sobria y lúcida en la que Rousseau se acerca, guiado por una intuición superior, al examen de la arquitectura social. El acuerdo aceptado,

respetado y cumplido entre gobernantes y gobernados; la renuncia de un lado y del otro a algunos de los derechos que todos creen tener, pero asimismo la integración de voluntades y la sincronía de conductas entre los seres humanos se encuentra en el origen de toda sociedad que sea digna de quienes la integran. *El contrato social* tiene un componente utópico, si bien no es una utopía en el sentido de obras como la de Tomás Moro (1516).

En el *Discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres*, escribe Bloom (1999),

“Rousseau convoca a los hombres para que oigan por primera vez la historia verdadera de su especie. Los hombres nacieron libres, iguales, autosuficientes, sin prejuicios y totales; ahora, al final de la historia el hombre está encadenado (gobernado por otros hombres o por leyes que él no hizo), definido por relaciones de desigualdad (ricos o pobres, nobles o plebeyos, amos o esclavos), es dependiente, está lleno de falsas opiniones o supersticiones y dividido entre sus inclinaciones naturales y sus deberes. La naturaleza hizo al hombre un bruto, pero un bruto feliz y bueno. La historia -y el hombre es el único animal con una historia-, en virtud del desarrollo de las facultades humanas y de los progresos de su espíritu, hizo al hombre civilizado, pero infeliz e inmoral. La historia no es una teodicea, sino que es un proceso de miserias y corrupción” (233).

*El Emilio*, otra de sus grandes obras, constituye hasta hoy una obra paradigmática: la pedagogía contemporánea adquiere mucho de su actual perfil a partir de ese libro de Rousseau.

Citando una vez más a Bloom puede decirse que esta obra es

“uno de esos raros o sinópticos libros, un libro que uno puede pasar la vida leyéndolo y que muestra cada vez mayor profundidad a medida que se lee, un libro comparable a *La república*, con la cual se proponía rivalizar o a la cual aspiraba a reemplazar. Pero no se lo reconoce de ese modo a pesar del juicio de Rousseau de que era su mejor obra y a pesar de la opinión de Kant de que su publicación fue un acontecimiento comparable a la Revolución Francesa” (p. 234).

Como lo señala Soëtard (1994), se ha tratado de desentrañar cuánto es lo que debe Rousseau a sus contemporáneos y antecesores al momento de redactar esta obra. Es evidente la presencia de Montaigne, como también la de Locke, Fénelon y Condillac, pero tal como lo señala el autor antes citado, se puede acusar de todo a Rousseau menos de haber sido un ecléctico, alguien que mezcla lo de uno con lo de otro a la búsqueda desesperada e infructuosa de una piedra filosofal que dé a luz alguna idea nueva y propia: “No escribo sobre las ideas de los demás sino sobre las mías”, dice en el prólogo del *Emilio*. “No veo igual que los demás; hace tiempo que me lo reprochan”, concluye (tomado de Soëtard 1994).

Esos tres escritos bastarían para justificar el lugar preeminente de Rousseau en la historia de la cultura occidental. Pero hay todavía más: nos referimos a sus *Confesiones*.

El título de esta obra, semejante a la que escribiera San Agustín unos 700 años antes (Agustín 1995), nos promete una exposición franca de su existencia. El lector no es defraudado sino, por el contrario, sorprendido: a diferencia del Obispo de Hipona que relata su periplo rumbo a la búsqueda de Dios, Rousseau reafirma su individualidad y por momentos escandaliza al lector con su franqueza absoluta.

Se trata, nos aventuramos a sostenerlo, de la primera presentación escrita de una incursión profunda en la subjetividad del individuo. Poco oculta, o parece ocultar en todo caso, Rousseau al lector.

Algunos lo considerarán un documento psicopatográfico, pero las *Confesiones* pueden también ser vistas como un himno a la libertad plena del individuo.

Para Bloom (2010) “las *Confesiones* de Rousseau nos parecen simplemente el enlace inevitable entre Montaigne y Freud (102).

Sus ideas revolucionan la humanidad, tal como lo ha señalado Maritain, al colocar su nombre al lado del de Lutero y Descartes, destacando que el primero llevó a cabo la reforma religiosa, el segundo la filosófica, en tanto que Rousseau cumplió con la reforma moral (Maritain 2006).

Para Kant, impactado por la lectura del *Emilio*, Rousseau es el “Newton del mundo moral” (Giralt 1990).

Starobinski (1988) ahonda en el impacto de Rousseau en la conciencia del hombre de hoy:

“La obra de Rousseau [...] manifestaba (a partir de la soledad, pero con un extraordinario poder de difusión y de penetración) la alianza fecunda entre los poderes de la reflexión y el impulso caluroso de la pasión. Quiero recordar aquí la seducción que ejerció esta elocuencia acusadora en la que la idea y el sentimiento compiten estrechamente: el enunciado doctrinal toma la vehemencia de una llamada, mientras que la pasión tiende a proyectarse y a clarificarse en un discurso racional de gran envergadura. Jean Jacques se propone destituir toda autoridad impuesta desde fuera; invita a sus lectores a someterse a una autoridad que ya no viene dada por la razón especulativa, sino por la razón práctica bajo su aspecto colectivo: la voluntad general. Procede de igual modo en sus planteamientos sobre la religión y la moral, donde todo se funda sobre la evidencia del sentimiento interno, facultad anterior a la razón, pero que la razón más rigurosa no sabría desaprobado” (34).

También en el plano de la psicología, Brinkmann (2011) cree encontrar en Rousseau a un lejano precursor de la psicología humanística, pues de él provendría la idea romántica de que los seres humanos tenemos un mundo interior que debemos actualizar a través del proceso de autorrealización.

No cabe duda que Rousseau es un escritor para todas las estaciones. Hoy, cuando el mundo se debate en medio de una grave crisis económica de desenlace incierto, hoy cuando hay una crítica a las costumbres y a la ostentación de los favorecidos por la vida y una rabia desbordada por parte de los indignados, la crítica de la idea de progreso que Rousseau formula en su *Discurso sobre las Ciencias y las Artes* resulta sorprendentemente actual (Rubio Carracedo 2008).

Probablemente cansado de llevar una vida inquieta, llena de correrías, fugas nocturnas y desencuentros personales, acerca de todo lo cual Rousseau informaría de manera muy desenfadada en sus *Confesiones*, nuestro pensador vuelve en 1754 a su ciudad natal, Ginebra.

Desde allí, desde esa pequeña gran urbe, Rousseau, el *Citoyen de Genève* como solía llamarlo Kant (por lo demás, uno de sus más entusiastas lectores; Dietzsch 2004, Martín & Barresi 2006), despliega toda su inteligencia y todo su talento sorprendiendo a amigos y enemigos con sus escritos y afirmaciones. Son precisamente éstos últimos los que lo obligarán a dejar Ginebra algunos años después.

En efecto: ¿cómo no habrían de sorprender, entre otras, dos de sus últimas obras, *Rousseau juge de Jean-Jacques: Dialogues* (1780) y *Les rêveries du promeneur solitaire* (1782), escrita esta última en medio de la profunda soledad que caracteriza las postrimerías de su existencia? No hablemos ya de *El contrato social* y *Emilio*, recibidas con entusiasmo por unos pero con un profundo rechazo (que pone en peligro la integridad física y la libertad de su autor) por otros.

Un hecho paradójico, sin duda: dos de los grandes maestros de la cultura occidental desarrollaron su existencia y configuraron sus obras en ciudades pequeñas: Rousseau en Ginebra y Kant en Königsberg.

Ya Ginebra, sin embargo, había dado que pensar, hablar y hasta que pelear un par de siglos antes, cuando Juan Calvino hizo de ella, o mejor dicho pretendió hacer de ella una nueva Jerusalén (Reinhardt 2009).

Desde entonces, esa ciudad no ha dejado de estar en el centro del acontecer político y en el mundo de las ideas. Primero Calvino y después Rousseau la encumbraron; en el siglo XX la Sociedad de las Naciones (la antecesora, las Naciones Unidas) se estableció allí.

Pero en el plano de las ideas Ginebra es también ciudad de gran importancia en la lingüística, con De Saussure, y en la psicología, con Piaget, este último considerado como uno de los herederos ideológicos de Rousseau.

Hombre de su siglo y de todos los que han seguido, Jean-Jacques Rousseau, eterno errabundo, es una figura que no puede faltar en la historia de la cultura de Occidente.

Su individualismo extremo, desafiante y por momentos rayano en la inhumanidad, anuncia al hombre del siglo XX y del XXI, lejano de las ideologías, ansioso de ser el mismo, a la búsqueda denodada y no exenta de angustia de su mismidad.

Su idea del hombre primitivo, bueno e incontaminado ha nutrido mucho del pensamiento romántico (Hieronymus 1974), si bien Rousseau mismo, juzgado por sus actos, difícilmente podría ser considerado como un romántico.

Y, por último, su crítica de la civilización calza con lo que hoy se vive en el mundo moderno. Por eso es que podemos suscribir lo que afirma Steiner (2007): “nosotros, paseantes domingueros, caminamos detrás de Rousseau” (219).

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Bloom, A. (1999). *Gigantes y enanos. La tradición ética y política de Sócrates a John Rawls*. Barcelona: Gedisa.
- Bloom, H. (2010). *Ensayistas y profetas. El canon del ensayo*. Madrid: Páginas de Espuma.
- Brinkmann, S. (2011). *Psychology as a moral science. Perspectives on normativity*. New York: Springer.
- Carof, S. (2007a). Charles de Montesquieu (1689-1755). La raison contre le despotisme. En: Journet, N., coord., *Dossier: Cinq siècles de pensée française. Sciences Humaines*, nro. especial 6, octubre-noviembre.
- Carof, S. (2007b). Jean-Jacques Rousseau (1712-1778). L'innocence corrompue. En: Journet, N., coord., *Dossier: Cinq siècles de pensée française. Sciences Humaines*, nro. especial 6, octubre-noviembre.
- Cassirer, E. (2007). *Rousseau, Kant, Goethe: filosofía y cultura en la Europa del Siglo de las Luces*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- Dietzsch, S. (2004). *Immanuel Kant. Eine Biographie*. Darmstadt: Wissenschaftliche Buchgesellschaft.
- Durkheim, É. (2000). *Montesquieu y Rousseau, precursores de la sociología*. Madrid: Tecnos.

- Giralt, M. de los Angeles (1990). La influencia de Rousseau en el pensamiento de Kant. *Revista de Filosofía* (Universidad de Costa Rica), XXVIII, 67/68, 119-127.
- Hieronimus, E. (1974). *Der Traum von den Urkulturen*. Munich: Carl Friedrich von Siemens Stiftung.
- Johnson, P. (1993). *Intelectuales*. Buenos Aires: Javier Vergara.
- Maritain, J. (2006). *Tres reformadores. Lutero–Descartes–Rousseau*. Madrid: Ediciones Encuentro.
- Martin, R. & Barresi, J. (2006). *The rise and fall of soul and self. An intellectual history of personal identity*. New York: Columbia University Press.
- Maurois, A. (1965). *Voltaire*. Barcelona: Juventud.
- Montaigne (2007). *Los ensayos*. Barcelona: El Acantilado.
- Montesquieu (1875 [1734]). *Considération sur les causes de la grandeur des Romains et de leur décadence*. En *Obras completas*, Édition Édouard Laboulaye Garnier Frères.
- Montesquieu (1964 [1748]). *El espíritu de las leyes*. Río Piedras: Universidad de Puerto Rico.
- Montesquieu (1992 [1721]). *Cartas persas*. México DF: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- McNeil, G. (1945). The cult of Rousseau and the French Revolution. *Journal of the History of Ideas*, 6, pp. 197-212.
- Moro, T. (1988). *Utopía*. Madrid: Alianza.
- Reinhardt, V. (2009). *Die Tyrannei der Tugend: Calvin und die Reformation in Genf*. Munich: Beck
- Rousseau, J.-J. (1836 [1761]). *Julia, o La nueva Heloísa*. Barcelona: Imp. y Librería de Oliva.
- Rousseau, J.-J. (1987 [1755]). *Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres y otros escritos*. Madrid: Tecnos.
- Rousseau, J.-J. (1989 [1762]). *El contrato social*. Madrid: EDAF.
- Rousseau, J.-J. (1990 [1762]). *Emilio o la educación*. Madrid: Alianza.
- Rousseau, J.-J. (1997 [1782-1789]). *Las confesiones*. Madrid: Alianza.
- Rousseau, J.-J. (2000 [1750]). *Discurso sobre las ciencias y las artes*. Alcobendas (Madrid): Libsa.
- Rousseau, J.-J. (2011a [1755]). *Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres*. Madrid: Gredos.
- Rousseau, J.-J. (2011b [1782]). *Reveries of the solitary walker*. Oxford (RU): Oxford University Press.
- Rousseau, J.-J. (2011c [1780]). *Rousseau juge de Jean-Jacques*. París: Honoré Champion.
- Rubio Carracedo, J. (2008). “Discurso sobre la desigualdad de Rousseau como historia filosófica”. *Thémata. Revista de Filosofía*, nro. 40, 245-254.
- Ruiz Zevallos, A. (2009). “Rousseau en el Perú”. *Solar*, año 5, nro. 5, 93-110.
- San Agustín (1995). *Las confesiones*. Bogotá: San Pablo.
- Soëtard, M. (1994). “Jean Jacques Rousseau (1712-1778)”. *Perspectivas. Revista Trimestral de Educación Comparada*, 24, 3-4, 435-448.
- Smith, R. (2007). *Being human: historical knowledge and the creation of human nature*. New York: Columbia University Press.
- Starobinski, J. (1983 [1957]). *Jean-Jacques Rousseau: la transparencia y el obstáculo*. Madrid: Taurus.
- Starobinski, J. J. (1988). *1789, los emblemas de la razón*. Madrid: Taurus.
- Steiner, G. (2007). *Presencias reales. ¿Hay algo en lo que decimos?* Barcelona: Ediciones Destino.